

LA HORA DEL ÁNGELUS.

El toque del Ángelus que invitaba a reconciliarse, solíamos escucharlo al mediodía, pero en ese momento cada cual andaba atareado, los muchachos en la escuela, y pasaba desapercibido las más de las veces. Tal vez por eso lo identificábamos en el “toque de las oraciones”, que también llamábamos “toque del Ángelus”, al asomar el crepúsculo. Con el Ángelus terminaba el ajeteo cotidiano y llamaba a reconciliarse.

Las campanas eran la voz de todos, un sonido más que familiar, un sonido adherido a la piel, la prolongación diaria de uno mismo, el palpar sereno de un pueblo que daba por amortizado su esfuerzo y se recluía en su morada. El sonido se expandía por las calles, por los prados y llamaba a los rezagados, a quienes estiraban la jornada, a reconciliarse con los suyos que éramos todos.

Las campanadas del Ángelus tenían ese efecto sedante: cuando hacía viento se apagaba con el sol, si era lluvia, parecía amainar, hasta el frío que penetraba los huesos se disipaba al calor de la lumbre mientras la sartén repicaba friendo una morcilla o un trozo de farinato, preludio del tránsito hacia la alcoba donde, por lo general, el cuadro de la Santa Cena, colgado en el muro, velaba por la paz del hogar.

Era el ir y venir de las gentes en las calles de tierra —con polvo en verano y embarradas en invierno—, para dejar todo bien recogido y asentado, para volver a empezar en el nuevo amanecer.

El Ángelus era la hora en que el tío Arcadio cumplía con su ritual, liberando al burro de su albarda, y al mulo de su collera, y se despedía con una palmadita en el lomo, “a descansar amigos, que mañana nos espera otra vez el campo”.

Con el toque del Ángelus regresaban al pueblo los labradores tras una jornada agotadora de siega de la mies, con su hoz aún caliente empuñada o en las alforjas, con el sombrero en la mano para ventilar el pelo sudoroso y soñando con un buen chapuzón de agua fresca.

El rebaño de cabras regresaba del campo y cada cual se apresuraba a ordeñar la suya procurando no derramar ni una gota porque era nuestro oro. La piara de cerdos también regresaba del campo y cada cual volvía a su cuadra.

Era la hora en que las gallinas se acomodaban en el palo del gallinero y me sorprendía verlas dormir de pie sin caerse, apoyadas sobre el palo, algunas en equilibrio sobre en una sola pata.

Era la hora en que se encendían en la calle las luces mortecinas que alumbraban menos que la luna llena.

Era la hora en que los adolescentes esperábamos cruzarnos con la chica deseada, porque entre dos luces la timidez se diluía.

Era la hora de todos: de los presentes y de los ausentes, de la meditación, de la plegaria, del recuerdo, y a menudo el cielo se unía con su explosión cromática ofreciendo en su último fulgor las pinceladas de nubes densas o deshilachadas, desvaneciéndose en una estela rosa anaranjada, o malva, o violeta, o púrpura, o color

ceniza, o color berenjena, hasta fundirse en la oscuridad cuando ya las campanas descansaban también.

Llevo en mi espíritu el son de las campanas anunciando el Ángelus, porque su tañido, hoy mudo, son otras tantas escenas cotidianas que sellaron en mi mente el ajetreo, el trasiego, la alegría o la tristeza, el lamento, la esperanza, la resignación, la ilusión, la lucha por la supervivencia, la amistad, la solidaridad, la satisfacción del deber cumplido de las gentes que compartíamos el universo que nos identificaba como habitantes de un mismo lugar.

Y un atardecer de tantos, al sonar las campanas, mi tío Indalecio paraba la yagua “Jabonera” y se santiguaba, después volvía a lanzarla al galope hasta entrar en el pueblo, mientras yo, dando botes a la grupa, agarrado con todas mis fuerzas a su cintura, disfrutaba de la velocidad cortando el viento en un atardecer de verano de vuelta a casa.

En mi mente resuenan las palabras y comentarios de la Andrea o la María, Ángela o Milagros, Esperanza o Socorro, o de la Salvadora, que eran nombres con un destino bien definido desde el bautizo, comentarios que hacían a modo de saludo o despedida en su encuentro efímero en la calle: “Te dejo, Milagros, porque ya suena el Ángelus, y tengo que preparar la cena”. “Hasta luego, Salvadora, que tengo que atender al mi Deogracias y a los niños...”

Y en la calle olía a sardinas, o a sofrito, y uno regresaba a casa bendecido a esa hora por la paz que flotaba en el aire.

Y, ya, las cabras en la cuadra, la yegua despojada de la albarda, ordeñadas las ovejas, el gato ronroneando, los perros buscando aposento al abrigo de un cobertizo, colgados los aperos del labrador,

las alforjas y la cayada del pastor en un rincón de la entrada, las gallinas aposentadas en el palo del gallinero haciendo equilibrio sobre una pata, ya, todo recobraba el lugar de su destino.

El Ángelus era sobre todo mi abuela Pepa, devota a cuál más, y buena como el pan, cuando siempre al primer toque, en el umbral de la puerta, se santiguaba, me invitaba a seguirla, abría su libro de rezos, recitaba una antífona, me tomaba de la mano y comenzaba la oración que repetía con ella:

*El Ángel del Señor anunció a María.
Y concibió por obra del Espíritu Santo.
Dios te salve María...*

Después de terminar me decía: “Conviene siempre estar en paz con Dios y limpio de pecado, hijo, porque no sabemos cuándo nos llegará la hora final”.

Tenía más fe en sus consejos que en los del cura. Quizás tuviera algo que ver, cuando en invierno, cada mañana, yo llamaba a su puerta y salía casi a hurtadillas con el regalito bajo el delantal como quien protege un tesoro: “Toma, hijo, el pucherito de leche para que desayunéis”. Y, quizás por eso, la hora del Ángelus me evoca siempre el alma de mi abuela Pepa, que en gloria esté. Las campanadas del Ángelus crecieron conmigo, y las llevé adonde fui, y en un crepúsculo parisino, o madrileño, o en cualquier lugar por donde pasé, resonaron de nuevo en cada atardecer con el cielo pintado de colores, cielo que sigue alimentando mi espíritu, cielo que sigue siendo un bálsamo en la soledad y en el silencio crepuscular.

En el fondo de mi alma suenan cada crepúsculo las campanas del Ángelus, como dicen que suenan en el fondo del lago de Sanabria la noche de San Juan.

El Ángelus era eso: un discurrir de la vida de principio a fin, con el tañer de las campanas arrojando nuestro universo, invitando al sosiego y a vivir con la esperanza renovada cada día.